

La Última Curva



Art. 68 1 de junio de 2026

Por David Landazabal – Vicepresidente de Stop Accidentes, víctima de siniestros viales y autor de *La Última Curva*

“XXI foro Stop Accidentes”

Reflexiones desde el límite entre lo legal y lo absurdo

Sabemos. ¿Y ahora qué?

Cuando termina un foro sobre alcohol, drogas y conducción, uno podría pensar que sale con más datos, más estadísticas o más argumentos técnicos. Y sí, también. Pero al finalizar la jornada me llevé otra sensación mucho más profunda: la sensación de que sabemos mucho más de lo que hacemos.

Ese era precisamente el punto de partida del XXI Foro contra la Violencia Vial. Una pregunta aparentemente sencilla y, al mismo tiempo, bastante incómoda: ¿por qué, sabiendo lo que sabemos, seguimos igual?

Durante horas escuchamos a responsables del Ministerio del Interior, de la Dirección General de Tráfico, de la Fiscalía de Seguridad Vial, de la Guardia Civil, a investigadores, criminólogos, especialistas en prevención, empresas vinculadas a la seguridad vial y, finalmente, a las víctimas. Cada uno hablaba desde una perspectiva diferente, pero según avanzaba la jornada daba la sensación de que todos estaban describiendo el mismo problema con palabras distintas. Todos, o casi todos. Porque la política sigue siendo una asignatura pendiente. Y no puedo evitar recuperar las dos preguntas que planteé durante el foro: “¿No es precisamente la función de la Comisión construir ese consenso con independencia de quién gobierne? ¿O estamos admitiendo que este Parlamento no es capaz de ponerse de acuerdo ni siquiera para salvar vidas?”

El problema ya no es la falta de conocimiento.

Sabemos que el alcohol altera nuestra capacidad de reacción mucho antes de que percibamos sus efectos. Sabemos que determinadas drogas modifican la percepción del riesgo. Sabemos que la mezcla de sustancias multiplica el peligro. Sabemos que miles de personas mueren o resultan heridas cada año por decisiones completamente evitables. **Sabemos que detrás de muchos siniestros hay una conducta previa que nunca debería haberse producido. Sabemos todo eso y, sin embargo, seguimos actuando como si no lo supiéramos.**

Quizá porque el ser humano tiene una extraordinaria capacidad para sentirse inmune. Las estadísticas siempre les ocurren a otros. Los controles siempre paran a otros. Las tragedias siempre golpean a otros. Hasta que un día dejan de hacerlo.

Me llamó especialmente la atención cómo, desde ámbitos tan diferentes, muchos de los ponentes terminaban describiendo el mismo fenómeno. No hablaban únicamente de alcohol o de drogas. **Hablaban de comportamiento humano.** De la tendencia a justificar decisiones equivocadas. De la falsa sensación de control. De la normalización del riesgo. De esa peligrosa costumbre de acercarse al límite para comprobar si realmente existe.

Porque nadie consume alcohol y después conduce pensando que va a provocar un siniestro. Lo hace porque cree que no va a pasar nada. Que son solo unas copas. Que está cerca de casa. Que controla. Que lo ha hecho otras veces. Que, en el fondo, está convencido de que las consecuencias siempre les ocurren a otros.

Y ahí está probablemente la raíz del problema.

No en el desconocimiento.

Sino en la confianza injustificada.

Por eso resultó especialmente significativo que, después de escuchar estudios, investigaciones, análisis criminológicos, estrategias institucionales y herramientas tecnológicas, el foro terminara con la voz de las víctimas. Quisimos recordar algo que a veces se pierde entre gráficos, porcentajes y estadísticas: detrás de cada dato hay una historia. Detrás de cada expediente hay una familia. Detrás de cada número hay una silla vacía que nunca volverá a ocuparse.

La seguridad vial no es únicamente una cuestión técnica. Es una cuestión profundamente humana. No basta con mejorar los datos si no entendemos qué hay detrás de ellos. No basta con endurecer normas si seguimos justificando determinadas conductas. No basta con desarrollar mejores sistemas de control si continuamos buscando excusas para asumir riesgos innecesarios.

La verdadera batalla se libra mucho antes de que aparezcan las luces azules de un control, mucho antes de una sanción, mucho antes de una noticia. Se libra en el instante en que alguien decide si conduce o no. En el momento en que un amigo retira unas llaves. En la decisión de pedir un taxi. En la responsabilidad de decir: «hoy no conduzco».

Sabemos.

Y, sin embargo, cada fin de semana seguimos escuchando las mismas excusas. «He tomado poco». «Estoy bien». «Conduzco mejor de lo que parece». «Son diez minutos». Frases que se repiten generación tras generación como si la realidad no se hubiera encargado ya de desmentirlas miles de veces.

Después de todos estos años en Stop Accidentes, después de cientos de conversaciones con víctimas, con familiares, con profesionales de la seguridad vial y con personas que han tenido que convivir toda su vida con las consecuencias de una mala decisión, he llegado a una conclusión sencilla: el problema nunca fue la información. El problema es que siempre pensamos que la historia que acabamos de escuchar le ocurrió a otro. Hasta que un día deja de ocurrirle a otro.

Y entonces descubrimos algo terrible: que el dolor nunca entiende de estadísticas.

Las estadísticas sirven para explicar los problemas.

Las víctimas sirven para recordar que son reales.

Al final, después de escuchar a todos los participantes, me quedé con una reflexión que no deja de dar vueltas en mi cabeza. Llevamos años discutiendo cuánto alcohol es demasiado alcohol. Cuál debe ser el límite. Cuál debe ser la tasa. Cuál debe ser la sanción. Pero quizá estamos formulando mal la pregunta.

La cuestión no debería ser dónde está el límite.

La cuestión es por qué seguimos buscándolo.

Nadie pregunta cuánto puede beber antes de operar a un familiar. Nadie pregunta cuánto puede beber antes de pilotar un avión. Sin embargo, seguimos haciéndolo cuando hablamos de conducir.

Tal vez el verdadero cambio cultural llegará el día que dejemos de preguntarnos cuánto podemos beber antes de conducir y empecemos a preguntarnos por qué queremos conducir después de haber bebido o después de drogarme.

Porque algunas decisiones duran unos minutos.

Sus consecuencias pueden durar toda una vida.

Este artículo está dedicado a todas las víctimas de la violencia vial. Pero hoy, especialmente, a Ana Herrera. Porque escuchar a sus hermanas y a sus padres fue comprender que una vida no se mide por el tiempo que dura, sino por el amor, los recuerdos y la huella que deja en quienes tuvieron la suerte de compartirla.

Gracias

Si estos artículos te remueven algo, compártelos. Si te han tocado, que no se queden en eso. Las portadas se olvidan. Las víctimas, no deberían.